

## Vengo a darte la Vida (Domingo XXVIII T.O.)

### DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

### LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo.

Lc 17,11-19

<sup>11</sup> **Una vez, yendo camino de Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea.**  
<sup>12</sup> **Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos <sup>13</sup> y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros».** <sup>14</sup> **Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes».** Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. <sup>15</sup> **Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos <sup>16</sup> y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano.** <sup>17</sup> **Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? <sup>18</sup> ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?».** <sup>19</sup> **Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».**

### ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

A veces el destino arrebató al hombre la libertad de movimiento obligándole a un género de vida muy limitado. Así sucedía con la lepra. Quien tenía esta enfermedad quedaba rigurosamente excluido de la familia y de la aldea, viéndose obligado a vivir al margen de la comunidad humana. Podía tener vida en común sólo con personas afectadas de la misma enfermedad. Por el peligro del contagio se le negaba una vida humana normal. La ley Mosaica los tachaba de impuros y les prohibía el culto de ofrenda sacrificial en el Templo, e incluso les obligaba gritar cuando se le acercaba una persona: “**¡Impuro, impuro!**” (Lv 13,45). Por desgracia, su vida se convertía en un callejón sin salida, no pudiendo huir de su lepra y viviendo una existencia penosa y miserable.

En su viaje por el territorio limítrofe entre Galilea y Samaría, Jesús encuentra a diez personas marginadas de este modo. En conformidad con su situación, los encuentra en la periferia de una aldea. Según lo dispuesto por la Ley, ellos se mantienen a gran distancia y con fuertes gritos invocan la ayuda de Jesús: “**Maestro, ten compasión de nosotros**”. Bien saben ellos que no pueden salir de su situación por sí solos, necesitan de alguien con poder sobre la enfermedad que actúe en su favor.

**Id a presentaros a los sacerdotes** (v.14). Aparentemente Jesús parece que quiera librarse de ellos, pues ni se acerca y encima los manda a presentarse a los sacerdotes, aunque todavía

están con la lepra. El sacerdote, según las disposiciones del Antiguo Testamento era la persona competente para este género de enfermedad (Lv 13-14). El leproso sólo podía presentarse ante el sacerdote cuando la lepra estaba curada, para que éste lo comprobara y le permitiese al leproso sanado ofrecer de nuevo el culto debido a Dios. Por tanto, la curación era necesaria para que tuviera sentido el hecho de presentarse al sacerdote.

**Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos.** Los diez leprosos del evangelio se ponen en camino antes de verse curados, indicando con este gesto de obediencia, en principio, una fe firme en la palabra dada por Jesús. En el camino se realiza efectivamente la curación, quedando todos limpios de la lepra. Sin embargo, sólo uno de ellos, el samaritano (el extranjero sin “derechos” ante Dios), se percata que Dios lo ha curado y por eso exclama a voces lo bueno que ha sido el Señor con él. Para el leproso sanado, la curación se ha convertido en un encuentro con Dios donde ha podido experimentar su inmensa misericordia. Por eso, con todo su ser, da gracias al Dios misericordioso.

Cuando recibimos un beneficio, debemos plantearnos la cuestión: ¿qué tiene más valor para nosotros: el don o el donante? El don puede ser de gran ayuda, pero todavía colma de mayor felicidad poder reconocer la benevolencia del donante y poderle dar las gracias. No es Dios el que saca ventaja de nuestro agradecimiento, sino nosotros que nos abrimos a la experiencia de poder contemplar y reconocer el amor del donante para con nosotros.

**Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?** Jesús está decepcionado, porque el único que se muestra agradecido es el único extranjero del grupo, mientras que los otros nueve judíos ni hacen caso, dando así la impresión de “pretender” la curación por ser miembros del pueblo elegido y, por consiguiente, no se abren a recibir el don del Dios que, en Jesús, se acerca a cada hombre para manifestarle todo su amor. Jesús observa que su milagro no ha obtenido el resultado que debía obtener: dar gloria a Dios. Sólo uno vuelve para dar gloria a Dios, el samaritano, mostrando a Jesús su agradecimiento. Esta gratitud hacia Dios le mueve a “volver” hacia aquél que lo envió al sacerdote, ya que por medio de su palabra, Dios le ha sanado. Su enfermedad le había conducido a un primer contacto con Jesús a distancia, ahora, tras su curación puede estar cerca de Jesús para reconocer la inmensa misericordia de Dios. A partir de ahora, el leproso curado es portador de algo que le cambiará para siempre su existencia, pues escucha de labios de Jesús la frase más importante: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

**HABLA CON DIOS (REZA)**

**Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras.**

Podemos ver aquí el valor salvífico que tiene el agradecimiento, porque establece una relación muy positiva entre el Señor y la persona que le da las gracias. Los otros nueve leprosos obtuvieron la salud física, sin embargo, el samaritano obtuvo además la relación de fe con Jesús, ya que por su palabra ha descubierto la acción de Dios en su vida, el Dios que le ofrece por amor la salvación de su cuerpo y de su alma.